

tan inmóvil en el instrumento fatal. Los ejecutores de la justicia romana armados con peines y uñas de hierro, cuya sola vista hace palidecer, le desgarran lentamente los costados. La heroína conserva con la vida la calma y la serenidad de la inocencia.

Un poco más de crueldad y sus tormentos acaban; pero aquella crueldad sería un acto de misericordia y los verdugos son incapaces de ella. Por otra parte, el pueblo no está todavía nutrido con las angustias de la víctima. La desprenden del caballo y la trasladan al anfiteatro. La multitud jadeante la precede, sintiéndose feliz con ver á una vírgen jóven y tímida expuesta á las fieras. Los animales están sueltos, mas respetan á la inocencia. El juez lleno de furor y ávido de nuevos tormentos manda arrojar á Taciana á un brasero; el fuego la respeta. Entónces es cuando por fin la sola espada del confector vino á poner fin á la vergüenza del cruel magistrado y á coronar con una última victoria los gloriosos combates de la heroína. 1

¿Por qué los cristianos eran expuestos á las fieras tan frecuentemente? Tal es la interesante pregunta á la cual acababan de dar lugar las *Actas de Santa Taciana* y que estudiamos trasladándonos á las catacumbas de Pretextado. Hablando de la jurisprudencia romana y de la manera con que se aplicaba á nuestros padres, daremos una respuesta más extensa. Basta decir por ahora que la exposicion á las fieras tenía un doble objeto: divertir al pueblo y deshonorar á la víctima.

Divertir al pueblo. Es conocido el furor de la antigua sociedad romana para los espectáculos del Circo y del Anfiteatro, cuyos combates de fieras formaban una parte esencial. Ver morir á un hombre

1 Bar., An., t. II, an 226, núm. 4; id., *Adnot. d Martyr.*, 12 de Enero.

bajo los golpes de hacha ó de espada, nada tenía de bastante divertido; pero verlo durante largo tiempo temblar, palidecer, ser arrojado al aire por un toro furioso, ó ensartado por un elefante, desgarrado por un tigre; verle palpar en la arena sangrienta y pasar por todas las fases de una lenta agonía, entónces ¡qué goces! Para procurárselos al pueblo soberano gastábanse las riquezas del universo, prohibiábase con pena capital que se diese muerte en sus ardientes soledades á las panteras y á los leones de Africa y en sus selvas heladas á los osos de la Germania; olvidábanse los negocios públicos y domésticos, y la aurora del día siguiente venia á encontrar en las gradas del Coliseo á los mismos espectadores que habia iluminado la víspera, siempre ébrios y nunca saciados de sangre y de placeres.

Deshonrar á la víctima. Segun las leyes romanas, la condenacion á las fieras no tocaba más que á las personas más viles y más despreciables. La enormidad del crimen no bastaba para atraer al culpable aquella pena infamante; era necesario que á la grandeza de la perversidad, se juntara la bajeza de la condicion y del nacimiento. El envenenador y el asesino de buena casa tenían su suplicio reservado. Ladrones y asesinos de baja esfera, ¡esclavos fugitivos! para vosotros son las fieras del Anfiteatro. Ahora, como los cristianos pasaban á los ojos del pueblo por hombres de vil condicion, el odio que se les tenía no habia encontrado nada más natural que confundirlos, por el género de muerte, con la escoria de la sociedad.

Así se cumplía respecto de los discípulos la palabra del Maestro tan cruelmente cumplida en su divina persona: *Gusano de tierra y no hombre, oprobio de los hombres y escoria del pueblo.* 1 Enérgico oráculo,

1 Ego autem sum vermis, et non homo, opprobium hominum et abjectio plebis. Ps. c. XXI,

traducido elocuentemente por San Pablo, que se llama así y á sus cofrades, y á sus neófitos *la basura del mundo.* ¿Hay necesidad de hacer notar que la conducta de los paganos era aquí doblemente injusta? Las fieras no eran más que para los culpables y los cristianos eran inocentes. Además, las fieras no eran más que para los culpables de baja esfera, y entre los cristianos que les eran arrojados de pasto, habia hijos é hijas de senadores, de cónsules, de caballeros romanos y no lo ignoraban. Pero veremos que respecto de los cristianos se olvidaban todas las reglas de la justicia, como todas las formas del procedimiento. 1 Lo mismo pasó en todos tiempos.

Así, deshonorar á la víctima y alimentarse largo tiempo con el espectáculo de sus dolores; tal era el doble motivo de la condenacion á las fieras. ¿Debe causar admiracion que fuese reclamada por el pueblo y que un solo y mismo grito de muerte resonase en Roma y en Cartago, en Oriente y en Occidente: «¡Los cristianos al león! no á la espada, no á las minas, no al Tíber, no á la roca Tarpeya, sino al león: *Christianos ad leonem!*» ¿Debe admirar que se extendiese más allá de los límites de la ley graciosamente concedida por magistrados cortesanos?

La Catacumba de Pretextado á la cual vamos á bajar, recuerda por su nombre mismo un ejemplo de aquella iniquidad. El 3 de Diciembre del año 298 Roma contemplaba un noble vástago de sus antiguos cónsules, al santo mártir Pretextado, condenado á muerte como un vil criminal, despues de haber sido condenado al trabajo de las minas 2 contra las leyes del imperio. Mas no es el mártir de que aca-

1 Bar., An. 298, núm. 12; *Annot. ad Martyr.*, 1º de Febrero; Aringhi, lib. II, c. I, p. 127.

2 An. 298, núm. 12; *Annot. ad Martyr.*, 11 de Diciembre.

bamos de hablar el que dió su nombre al vasto cementerio de la Vía Apia. ¿Debe atribuirse su origen á algun descendiente de aquella ilustre familia que la ha inmortalizado sufriendo en ella el martirio ó bien yendo allí á descansar despues de haber librado los gloriosos combates de la fe? En todas estas cuestiones la ciencia está muda ó dividida. 1

Como quiera que sea, la Catacumba de Pretextado es uno de los más antiguos y más vastos cuarteles de la Roma subterránea. Ya en 261, bajo el imperio de Valeriano, servia de asilo á los fieles perseguidos. El mismo año los Santos Felícísimo y Agapito, diáconos del Papa San Sixto, recibian allí sepultura, así como los subdiáconos Januarió, Magno, Estéban y Vicente.

Más tarde se ve á los soberanos Pontífices haciendo de ella una permanencia prolongada, consagrar sacerdotes y obispos y desempeñar el gobierno de la Iglesia universal. En cuanto á la extension del cementerio de Pretextado, el P. Marchi no teme que decir: «Considerando el tamaño de las cryptas, la forma de las lámparas y el número de las comunicaciones de un piso á otro, se encuentran tales dimensiones, que la Catacumba de Pretextado es á las otras Catacumbas lo que la basílica de San Pedro á las Iglesias de Roma. Si se tuviese tiempo de escombrarla y de recorrerla, se veria el barrio colosal de la Roma subterránea, mientras que nosotros no conocemos más que los pequeños y los medianos cuarteles.» 2

Esta gloria que el moderno arqueólogo

1 Aringhi, lib. III, c. XVII, p. 583—4.

2 ... Il cemeterio di Pretestato mi é paruto in confronto degli altri cioache é il tempio Vaticano rispetto alle altre tutte basiliche e tempj di Roma..... Roma sotterranea presenterebbe agli studiosi la region sua colossale, dove finora non ha mostrato di se che le provincie piccole e mezzane. P. 174.

revindica para el cementerio de Pretextado, sus antepasados la atribuyen à la Catacumba de San Calixto; la diferencia de opiniones viene de la incertidumbre que reina en los límites respectivos de uno y otro. Aquí se da al cementerio de Pretextado galerías y cryptas miradas bajo otro aspecto, como parte integrante del cementerio de San Calixto. Lo que aumenta la dificultad es que los monumentos primitivos confunden á menudo en un nombre comun estos dos grandes cuarteles de la ciudad de los mártires. Así, en las *Actas de Santa Cecilia* se dice sucesivamente que fué encontrada en el cementerio de San Sixto, que forma parte de la Catacumba de San Sixto y que fué hallada en el cementerio de Pretextado. 1 Lo mismo sucede con un gran número de otros mártires. Pero lo que no deja ninguna duda sobre esta comunidad de nombres, es un antiguo manuscrito del Vaticano en donde se encuentra la expresion siguiente: "En el cementerio de San Sixto ó de Pretextado, situado fuera de la puerta Apia. 2

Ademas la pluralidad de los nombres se explica fácilmente. Las Catacumbas no fueron cavadas en un dia. Al primer piso se le agregó un segundo y á veces hasta un tercero, y el nombre del cristiano generoso que habia contribuido á aquellos aumentos, ó del mártir ilustre que fué á honrarles con su sepulcro, se agregó en el lenguaje del pueblo al nombre primitivo

1 In ms. quibusdam codd. ubi S. Caeciliae corpus in coemeterio Xysti repertum fuisse legitur, id Bibliothecarius in Pretextati coemeterio contigisse pronuntiat.—En algunos códices manuscritos se lee que el cuerpo de Santa Cecilia fué encontrado en el cementerio de Sixto; esto dice el Bibliotecario que sucedió en el cementerio de Pretextado.—Aringhi, lib. III, c. XVI, p. 283.

2 In coemeterio S. Xysti seu Praetextati, sito foris portam Appiam, *Cod. ms. Vat.*, apud Aringhi, lib. III, c. XIV, p. 284.

del cementerio. Los ejemplos de esto no son raros.

Exceda ó no en extension á todas las demas, es cierto que la Catacumba de Pretextado reducida á sus fronteras verdaderas, presenta proporciones colosales; y así debia ser. Por una parte está abierta en la vía Apia, regada con la sangre de gran número de mártires y destinada por la Providencia á ser en la Roma cristiana lo que fué en la Roma pagana, la reina de las vías y el cuartel general de la gloria. Por otra parte, la naturaleza del terreno se presta mejor que en otros lugares á las excavaciones subterráneas. Mientras en las más de las otras Catacumbas el sepulcero se encuentra á cada paso contrariado por capas de toba litóidea ó de puzolana, aquí no encuentra más que una capa homogénea de toba granular. No se ve en el cementerio de Pretextado ni aquellas paredes de sostenimiento, ni aquellas irregularidades que dan testimonio de la dureza extrema ó de la frialdad del suelo. Allí se encuentran, al contrario, las más bellas galerías y las más grandes cryptas conocidas hasta aquel dia. Entre estas últimas, el P. Marchi acaba de descubrir una que tiene veinte metros de largo.

Detengámonos ahora en el umbral sagrado y echemos una mirada general sobre las glorias que han hecho santa y venerable la tierra que nuestros piés van á pisar. La Catacumba de Pretextado, imagen de la Iglesia católica, ó más bien, imagen del cielo mismo, fué el lugar de los héroes cristianos de todas edades y de todos países. El orden sacerdotal cuenta en ella Papas, sacerdotes, diáconos y levitas mártires de la guerra, y mártires de la paz; la vejez y la juventud; el Oriente y el Occidente, el matrimonio y la virginidad están allí presentes en un número infinito de gloriosos embajadores. El au-

gusto senado está descrito en la antigua inscripcion colocada por el Papa Dámaso á la entrada de aquel cielo subterráneo bastante venerable para que el Pontífice vírgen haya osado fijar allí su sepultura:

HIC CONGESTA JACET QUÆRIS SI TURBA
PICRVM CORPORA SANCTORVM
RETINENT VENERANDA SEPVLCHRA SVBLIMES
ANIMAS RAPVIT SIBI REGIA COELI,
HIC COMITES XISTI PORTANT QVI EX HOSTE
TROPHAEA.
HIC NVMERVS PROCERVVM SERVAT QVI
ALTARIA CHRISTI,
HIC POSITVS LONGA VIXIT QVI IN PACE SACERDOS,
HIC CONFESSORES SANCTI, GRAECIA MISIT,
HIC JVVENES, PVERIQVE, SENES, CASTIQVE
NEPOTES, QVIS MAGE VIRGINEVM
PLACVIT RETINERE PVDOREM. HIC FACTOR
DAMASVS VOLVI MEA OONDERE MEMBRA
SED CINERES TIMVI SANCTOS VEXARE PRIOSRVM.

"¿Quereis conocer la multitud de santos sepulcros en este lugar? Aquí reposan sus cuerpos sagrados en venerables sepulcros, mientras que sus almas gloriosas reinan en los cielos. Aquí están los compañeros de Sixto encargados de los trofeos de su victoria. Aquí una multitud de nobles defensores de los altares de Cristo. Aquí el sacerdote cuya vida pasó en el seno de una larga paz. Aquí los sacerdotes confesores que la Grecia envió. Aquí jóvenes, niños, ancianos y una generacion que luce con todo el brillo de una pureza virginal. Aquí, lo confieso yo, Dámaso, que he querido ser inhumado; pero temo turbar las cenizas sagradas de los amigos de Dios."

La Catacumba de Pretextado tenia, como las demas, muchas entradas. Parece que la principal se encontraba á diez minutos de las murallas de Roma, cerca de la iglesia de San Apolinar. Como quiera que sea, á ella se entra por escaleras ocultas en las viñas que cubren el espacio entre la vía Ardeatina y la vía Apia. El viajero encuentra allí las galerías, los *loculi*, los *cubicula*, en una palabra, todas

las partes ya conocidas de los otros cementerios. No hay diferencia más que en la regularidad, en el número y en la extension. Sentimos vivamente no poder llevar nuestra visita hasta las profundidades de aquella ciudad santa; pero los derrumbamientos, las obstrucciones naturales ó de mano del hombre, oponen un obstáculo invencible á la curiosidad más ardiente. Al ménos nos fué dado ver la bella crypta, ó más bien la iglesia, cuyo descubrimiento acaba de hacer el P. Marchi. Desgraciadamente está obstruida de terrones de suerte que no pueden describirse con exactitud las partes secundarias. En su forma general se parece á todas las demas, aunque presenta proporciones más desarrolladas.

La exigüidad de las iglesias subterráneas es la regla, y la excepcion el tamaño. A este hecho constante, la ciencia asigna muchas causas cuyo útil conocimiento es un nuevo rasgo de luz á las dificultades de los tiempos primitivos y á la santidad de la Iglesia naciente. Se comprende sin esfuerzo que la naturaleza de los lugares y de los terrenos oponia un obstáculo muchas veces insuperable á la construccion de grandes basílicas; pero atenuando y aun separando esta primera dificultad, quedaba otra mucho más seria; esta era la pobreza de la comunidad cristiana. En aquellos tiempos de guerra y de despojo en que se contaban por centenares las víctimas abandonadas sin sepultura; en que los padres conducidos al martirio dejaban tantos huérfanos á cargo de la Iglesia; en que las ruinas y las prisiones abundaban en confesores; en que los países lejanos se poblaban de familias enteras condenadas á destierro, ciertamente la caridad apenas encontraba los recursos necesarios para dar pan, vestidos y demas socorros indispensables á todo aquel pueblo de pobres.

Tal era en efecto la direccion que se daba á las limosnas de los fieles; no vemos en ninguna parte que estuviesen destinadas á la construccion de los templos ó de las basílicas. «Nuestras asambleas, dice Tertuliano, están presididas por ancianos recomendables; cada uno de nosotros lleva una módica suma al fin del mes, cuando quiere y como quiere, segun sus circunstancias, porque nadie está obligado á ello, todo es voluntario. Esto es como un depósito de piedad que no se consume en comidas ni en estériles disipaciones; se emplea en el alimento de los indigentes, en los gastos de sus sepulturas, en el mantenimiento de los pobres huérfanos, de los domésticos cansados por la edad, de los náufragos, de los cristianos condenados á las minas ó al destierro, ó detenidos en las prisiones por causa de Dios.»¹ Todos estos gastos, no transitorios sino inherentes al espíritu de la Iglesia, daban á penas lo necesario para alimentar á los ministros sagrados; lo hemos visto por la carta del Papa San Cornelio.

Supongamos, sin embargo, que la naturaleza del suelo y que los recursos de la comunidad permitiesen construir en las Catacumbas grandes iglesias; ¿hubiera sido de conveniente hacerlo? Aquí tambien la respuesta es negativa. La prudencia cristiana y la prudencia humana lo prohibian igualmente.

Es conocida toda la solitud de la Iglesia por conservar sin mancha la pureza de las costumbres entre los niños. En los

¹ Præident probati quique seniores. . . Modicam unusquisque stipem menstrua die, vel cum velit, et si modo velit, et si modo possit, apponit. Nam nemo compellitur, sed sponte confert. Hæc quasi deposita pietatis sunt. Nam inde non epulis nec potaculis, nec ingratis voratrinis dispensatur; sed egenis alendis, inhumandisque, et pueris ac puellis, re ac parentibus destitutis, jamque domesticis, senibus, item naufragis; et si quis in metallis, et si qui in insulis vel in cussodiis, duntaxat ex causa Dei ecclæ, alumni contensionis suæ fiunt. *Apol.* c. XXXIX.

primeros siglos su vigilancia debia, si es posible, ser mucho mayor y más continua. El honor de los cristianos atacado por las más infames calumnias, exigia bajo este respecto precauciones excesivas. Los neófitos que salian del seno del paganismo, habituados desde la infancia á las prácticas inmorales nacidas con ellos, consagradas por la religion, autorizadas por las leyes y confirmadas por el ejemplo, debian resentir, aun despues del bautismo, más de un ataque de aquella antigua concupiscencia. Agregad que las reuniones de los dos sexos tenian lugar en los oscuros subterráneos de las Catacumbas y á la luz de solo las antorchas. ¿Era necesario más para que la Iglesia haya rechazado con toda la extension de su prudencia la construccion de grandes cryptas y de grandes iglesias, en donde á pesar de todas las precauciones, la vigilancia se habia hecho muy difícil, por no decir imposible?

A la prudencia cristiana se juntaba la prudencia humana. ¿Qué peligro más continuo que el de ser sorprendido sepultando á los muertos, si Roma no hubiese tenido más que una sola Catacumba? ¿Cómo trasladar, por ejemplo, á los mártires de la Vía Apia á las Catacumbas Vaticanas, ó á los mártires de la Vía Aureliana á las Catacumbas de la Vía Nomentana, sin correr veinte veces el riesgo de ser arrestado ó descubierto? Para alejar el peligro se abrieron los cementerios alrededor de la ciudad. Del mismo modo si se suponen algunas grandes iglesias solo en cada Catacumba, el peligro reaparece en toda su extension. ¿Cómo podrán trasladarse á aquel lugar de gran reunion los fieles, es decir, los hombres, las mujeres, los ancianos y los niños? ¿Irán todos juntos? el peligro es cierto. ¿Irán aislados? serán necesarias muchas horas para formar asamblea. Más largo será su paso á través del campo romano, y más seguras y numero-

sas las ocasiones de ser percibidos. Por otra parte, si solo se suponen algunas iglesias, será necesario que un gran número de hombres, de mujeres y de niños pasen juntos ó sucesivamente por algunos caminos solamente para dirigirse allí; este es otro inconveniente igualmente grave, igualmente cierto.

No existia más que un solo medio de evitar los peligros de dos naturalezas que amenazaban la vida y las costumbres de los fieles; este era abrir un cierto número de entradas en cada Catacumba, practicar escaleras separadas para los hombres y para las mujeres, y en fin, multiplicar las pequeñas iglesias, capaces solamente de contener una asamblea poco numerosa. Hé ahí lo que se ha hecho.

«Considerando la pequeña dimension de nuestras iglesias subterráneas, dice el P. Marchi, encontrándolas abiertas en cada cementerio ¿qué digo? multiplicadas en las diferentes partes del mismo cementerio, creo poder afirmar por una parte, que no hubo allí nunca en cada una de aquellas venerables cryptas una asamblea de cien personas, mientras por otra parte, su multitud permitia á los cristianos encontrarse separadamente, es cierto, pero al mismo tiempo, en la misma Catacumba en número de muchos miles. Por este medio todo pasaba en orden y sin peligro; los sacerdotes, los diáconos, las diaconisas podian ejercer útilmente su ministerio, que tenia por objeto principal, no la reunion de la asamblea, sino el orden y la decencia.»¹

¹ Nel considerare lo piccòle dimenzione di queste chiese, nel vederle aperte in ciascun cimitero, anzi in ciascun cimitero in molte varie a di luoghi raddoppiate, credo non ingannarmi nello stabilire che quaggiú in un medesimo luogo non si tennero mai adunanze di cento persone; ma che contemporaneamente in tanta varietà di cimiterj in tanta molteplicità di chiese in ogni cimitero divisamente si potevano i fedeli raccogliere in molte miraglia. I sacerdoti, i dia-

De lo que precede no se debe deducir que no se encuentra en las Catacumbas ninguna iglesia capaz de contener más allá de cincuenta ó sesenta personas. La exigüidad de las cryptas hemos dicho que es la regla; pero esta regla no carece de excepcion. Si la prudencia exigia que los lugares de reunion fuesen muy numerosos y muy poco extensos, la majestad de nuestros misterios exigia que hubiese en ellas al ménos algunas iglesias, cuyo tamaño permitiese ejercer las augustas funciones con la dignidad conveniente y en presencia de una asamblea más numerosa.

Las ceremonias del Bautismo y del Orden, por ejemplo, eran demasiado edificantes para privar de ellas á los fieles y demasiado solemnes para que fuesen dignamente desempeñadas en un espacio estrecho. Se encuentran en efecto en las Catacumbas, iglesias cuyas proporciones permiten desplegar libremente la pompa del culto divino á la vista de una gran multitud. Recordaré entre otras la de la Catacumba de Pretextado, en la cual estamos en este momento y que ha dado lugar á los detalles que preceden. Aquellas iglesias de mayor dimension reunidas á las cryptas ordinarias, completan las ventajas religiosas de la Roma subterránea y hacen lucir con gran brillo la inagotable sabiduría de los Pontífices que presidieron á su fundacion. Seguridad, santidad, edificacion, consuelo de los fieles; ellos proveyeron á todo esto.

coni, le diaconesse avevano per uffizio loro principalissimo di provvedere che le adunanze si facessero, ma in modo che da esse la chiesa non avesse a risentirne danno. P. 122.

13 DE ENERO.

Catacumbas de la Vía Apia (continuación).—Gloria que toca á la Iglesia de las Catacumbas.—Catacumba de Santa Sotera.—Historia.—Forma arquitectónica de las iglesias subterráneas.—Vestíbulo.—Sepulcro del fondo.—Antemurales ó barreras.—Tabla del sepulcro, que sirve de altar.—Sepulcros laterales.—Lugares separados para los hombres y para las mujeres.—Escuelas de los catecúmenos.—Tipos de nuestras iglesias tomados en las Catacumbas y no en las basílicas paganas.

Las Catacumbas no solo revelan la profunda sabiduría de la Iglesia, sino que son también un glorioso monumento de la fe y de la caridad de nuestros padres. Pasais lleno de espanto delante de las ruinas gigantescas del Coliseo, saludais con admiración los arcos aéreos del acueducto de Claudio; os deteneis estupefacto ante las pirámides de Egipto; leéis con entusiasmo la descripción de Nínive y de Babilonia, aquellas maravillosas ciudades del antiguo Oriente, y decís: Estas obras asombrosas son los títulos de una gloria inmortal para los reyes y los pueblos que las fundaron.—Vuestra admiración es legítima sin duda; sin embargo, al recuerdo de la riqueza y del poder de los fundadores, al recuerdo de los recursos de todo género que tuvieron en su mano, se concibe la posibilidad, y yo diría, también la facilidad de aquellas obras colosales. Pregunto, pues, lo que debe sentir el viajero á la vista de una maravilla que excede en atrevimiento, en solidez, en extensión al Anfiteatro Flaviano, á los acueductos de Roma y á las pirámides de Egipto y Nínive y á Babilonia. ¿Cuál fué el rey, el pueblo, la sociedad bastante rica, bastante poderosa para ejecutar semejante obra? Tal es la pregunta que él se hace.

No sabe si delira ó si está despierto cuando se le responde que este trabajo de

gigantes se debe, no á los Césares señores del mundo, no al pueblo-rey, no al pueblo padre de las ciencias y de las artes, sino á una comunidad de pobres desprovistos de recursos, de talento y de fortuna, sin cesar perseguidos, diezmados, obligados á trabajar en secreto y en la sombra de la noche, de miedo que el ruido del martillo llamase tras sus huellas á enemigos, encarnizados deseosos de perderles. ¿Cuál fué, pues, el secreto de su poder; ¿cómo sin poseer ningunos medios hasta entonces empleados, llegaron á crear monumentos inmortales, á realizar una maravilla que excede á las demás? Hé ahí el problema que hace nacer la vista de las Catacumbas en general y de las de la Vía Apia en particular. La solución está en esta palabra: ¡la Fe!

La fe, potencia desconocida del mundo antiguo, voluntariamente desconocida del mundo moderno, es una palanca que fué dada por el divino Maestro para trasladar las montañas y levantar el universo. Sus humildes discípulos hicieron uso de ella. Con una mano edificaron en las entrañas de la tierra una ciudad más grande, más maravillosa, más admirable por la dificultad que vencieron, que Nínive, Babilonia ó la Roma de los Césares; y con la otra, agarrando al mundo pagano y sacándolo de la degradación en que estaba sumergido, lo levantaron hasta la virtud de los ángeles y lo suspendieron de la cruz.

Con el corazón conmovido, con el alma engrandecida al recuerdo de aquella fe primitiva, cuyos monumentos tenemos á la vista, llegamos á las Catacumbas de Santa Sotera. Este nuevo cuartel del cementerio Pretextado, debe su origen á una joven heroína cuya historia merece ser conocida. Ella ofrece un testimonio agregado á otros mil de aquella fe prodigiosa que todo viajero, á menos que sea ciego, sordo, mudo, parálitico de su inteligencia y de

su corazón, está obligado á admirar y á bendecir al visitar cada Catacumba.

Bajo los emperadores Diocleciano y Maximiano vivía en Roma una joven llamada Sotera, que veía entre sus antepasados y sus parientes á cónsules y á prefectos, y que debía contar en el número de sus sobrinos una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia, á San Ambrosio, hijo del prefecto del pretorio de las Galias. Su nacimiento, su edad, su fortuna, su exquisita belleza le aseguraban el más brillante porvenir; pero ella olvida todas estas ventajas, renuncia á todas sus esperanzas para abrazar *la locura de la cruz*.¹

Hé aquí lo que pasaba el 10 de Febrero en la vía Apia. En medio de un inmenso concurso de espectadores, Sotera, rodeada de verdugos, está en pie delante del tribunal de Maximiano. Según la costumbre de las vírgenes cristianas, su rostro está cubierto con un velo; todos los ojos están fijos en su persona, cuyo porte noble y modesto anuncia al mismo tiempo á la hija de los patricios y á la esposa de un Dios. El silencio universal se interrumpe por fin; con una voz estentórea el feroz perseguidor ordena que golpeen el rostro de la joven víctima.

«Entonces, escribe su ilustre padre, Sotera levanta su velo y presenta al martirio aquel rostro que ella había tenido siempre oculto á las miradas de los hombres. Lo presenta generosamente á las ignominias de las bofetadas á fin de comenzar su sacrificio por el mismo lugar por el cual comienza para las otras vírgenes la pérdida del pudor y de la inocencia. Los sacrilegos pueden, es verdad, cubrir de heridas su bello rostro, pero no pueden manchar la

¹ Singulario pulchritudinis, nobili genere nata, parentum consulatus et prefecturas ob christum contempsit.—“Nacida de noble generación, de singular belleza, despreció los consulados y prefecturas de sus padres.”—S. Ambr., lib. III, de Virg.

belleza de su virtud. Vuestra parienta ¡oh hermana mía! fué elevada á la gloria del martirio, pero comenzó, á pesar de su nobleza, á sufrir los suplicios ignominiosos reservados á los esclavos. En fin, el verdugo se cansó. Muda, intrépida, no cedió ni á la injuria ni al dolor; no movió la cabeza, no ocultó su rostro, soportó la injuria sin decir una palabra, sin dejar escapar una lágrima ni un suspiro. Victoriosa en aquel combate como en los demás, recibió, en fin, con una cuchillada aquella muerte que ella había deseado tanto, muerte gloriosa que le dió la vida.”¹

Antes de derramar su sangre por su divino Esposo, Sotera había distribuido sus bienes á los pobres, á sus hermanos. Había asignado entre otras para su sepultura, una de sus tierras situada en la vía Apia, no lejos del teatro de su triunfo; allí fué depositada. Con este doble título la Catacumba en que estamos perpetúa de siglo en siglo el nombre, la caridad, el valor y la fe de la joven heroína. El Papa Esteban II restauró el antiguo cementerio, y Sergio II, uno de sus sucesores, trasportó el cuerpo de la gloriosa mártir á San Martín *ai Monti*, en donde espera, en medio de los homenajes de las generaciones, el día de la resurrección bienaventurada.

No podemos salir de las Catacumbas de Pretextado sin estudiar la forma arquitectónica de las iglesias primitivas, cuyas dimensiones y cuyo número hemos visto ayer. Hé aquí desde luego, en cuanto la naturaleza del terreno lo permite, el pórtico ó el vestíbulo que forma un largo cuadrado. Servía al mismo tiempo para aislar el lugar santo, para recibir á los fieles que llegaban demasiado tarde, y para alojar á los penitentes que no tenían el derecho de entrar á la iglesia, ó para los catecúmenos que no podían asistir á la

¹ S. Ambr., lib. III, de Virgín.